

MARK SINGER

EL SHOW DE

TRUMP

Perfil de un
vendedor de humo

Prólogo de
David Remnick

Epílogo de
Jorge Ramos

A close-up portrait of Donald Trump, wearing a dark suit, white shirt, and blue tie. He has a serious, intense expression and is pointing his right index finger directly at the viewer. The background is a plain, light color.

DEBATE

MARK SINGER

EL SHOW DE TRUMP

Perfil de un vendedor de humo

Prólogo de David Remnick

Epílogo de Jorge Ramos

Traducción de
Conrado Tostado y Jeannine Diego Medina

DEBATE

SÍGUENOS EN

megustaleer



@Ebooks



@megustaleermex



@megustaleermex

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

Para Ellen, la mejor

Prólogo

David Remnick

Durante décadas, el problema de Donald Trump para los escritores, desde reporteros de diarios sensacionalistas hasta escibas de más altos vuelos, que publicaban en lo que se solía llamar “*the qualities*”,¹ es que iba más allá de la parodia. Hombre de un ego rampante, con fondos holgados y más necesidad de atención que un recién nacido, Trump, a horcajadas sobre Nueva York, arrojaba a la prensa un sinfín de citas inverosímiles. Sin embargo, en lugar de “La hipocresía es el homenaje que el vicio rinde a la virtud”,² debíamos escuchar “Tengo tantos amigos maravillosos que son gay, pero soy tradicionalista”.

En los años ochenta, noventa y más tarde, Trump solía aparecer en las páginas de la revista satírica *Spy*³ o en el diario *New York Post*.⁴ Y no hacía nada para evitarlo. Era un corredor de bienes raíces que intentaba venderse a toda costa: se le podía ver en los encuentros de la Federación Mundial de Lucha Libre, humillaba a los participantes del concurso “Quiero ser Trump” del *reality show The Apprentice*,⁵ o bien, degradaba a media humanidad en *The Howard Stern Show*.⁶ Era un caballero capaz de juzgar a su ex esposa en la radio: “Buenas tetas, cero sesos”. Su vulgaridad era irrefrenable y no conocía límites. Le tenía sin cuidado que a la gente le pareciera crudo. Sabía que lo seguirían escuchando. “¿Sabes? En realidad, no importa lo que escriban, siempre que tengas a tu lado una nalga joven y bella.”

Trump no sólo iba más allá del insulto y la parodia, sino que parecía un producto local de Nueva York, como el olor de la plataforma del metro en la estación Times Square a mediados de agosto. En 1960, A. J. Liebling, experto reportero de *The New Yorker* de mediados del siglo XX, viajó a Louisiana para escribir sobre el gobernador Earl Long, el veleidoso hermano de Huey,⁷ con la convicción de que su tema no era materia de exportación. “Al igual que el maíz dulce, las personalidades políticas del sur de Estados Unidos se echan a perder cuando viajan —escribió—. Y cuando al fin llegan a Nueva York, se vuelven como ese maíz amarillo que traen de Texas, duro e imposible de vender.” A la inversa, ése era el problema con Trump.

Sospecho que esos mismos factores estuvieron en el origen de la reticencia de mi amigo y colega Mark Singer en 1996, cuando su editora Tina Brown le pidió —mejor dicho, le instruyó— que escribiera sobre Donald Trump. Me consta la auténtica reticencia inicial de Mark. Sé cuando un tema lo apasiona de verdad —el colapso de un banco en su estado natal, Oklahoma; el enigma del mago y erudito Ricky Jay— y me di cuenta de que tardó mucho en calentarse. Sin embargo, me alegro de que haya sentido el látigo de la coerción editorial para seguir adelante, si bien a regañadientes, porque produjo el mejor retrato, el más cómico y perspicaz que se haya hecho de Trump. Del mismo modo que Liebling logró hacer de un tipo medio loco, como Earl Long, un producto literario de exportación, Singer encontró la manera de escribir con frescura y humor sobre Trump. Su perfil⁸ es un clásico del género.

Nunca imaginamos que resultaría tan valioso tantos años después. Ahora que escribo estas líneas, Donald Trump ya no sólo está interesado en adquirir otra torre en Manhattan y chapearla en oro, ahora pretende ocupar la Casa Blanca. Aspira a dirigir al ejército de Estados Unidos y hacerse cargo de sus armas nucleares.

No estoy del todo seguro, tal vez nunca lo esté, pero creo que estuve presente cuando Trump tomó la fatal decisión de postularse a la presidencia. Durante años, había coqueteado de manera pública y verbal con la idea, pero siempre pensamos que se trataba de un excipiente publicitario, al igual que los *Trump Steaks*.⁹ Sin embargo, me parece que parte de su decisión de seguir adelante se debe a la humillación. En la cena para corresponsales de 2011 de la Casa Blanca, ritual de primavera de baja inercia, los periodistas y políticos de la capital apiñaban sus egos en la sala más grande del Hilton para alardear, atiborrarse y elucidar, de nuevo, quién tendría más sentido del humor: el presidente de Estados Unidos o el cómico contratado para la ocasión.

Esa noche, el presidente Obama decidió, con el apoyo de sus redactores de discursos, que había llegado el momento de gastar algunas bromas a expensas de Trump, que había encabezado el esfuerzo para deslegitimarlo al poner en duda su lugar de nacimiento. Días antes, el estado de Hawái había emitido el acta de nacimiento completa de Obama, lo que confirmaba —en caso de que alguien lo dudara— que había nacido en un hospital de Honolulu. Obama bromeó en su discurso y dijo que estaba dispuesto a ir “aún más lejos” y divulgar su “video de nacimiento”. Aquella noche, los comensales del Hilton vieron un fragmento de la película *El rey león*.

Obama sabía que Trump estaba en la sala, sentado en la mesa del *Washington Post*. La embestida fue duradera.

“Sé que últimamente ha armado cierto revuelo, y que nadie se siente más orgulloso que Donald de haber despejado, por fin, el enigma del acta de nacimiento —dijo Obama, mientras cientos de ojos se posaban en Trump—. Ahora, al fin, puede volver a temas de mayor trascendencia, por ejemplo, ¿el alunizaje fue un simulacro? ¿Qué ocurrió realmente en Roswell?¹⁰ ¿Dónde están Biggie y Tupac?”¹¹

Trump frunció el ceño, tensó la mandíbula y apretó los labios. Estaba profundamente disgustado. Lo suyo no era sonreír y tomar las cosas con ligereza. Y se notaba. (Yo mismo estaba a dos mesas de distancia.)

Fuera de broma, evidentemente todos conocemos sus capacidades y la amplitud de su experiencia —remachó Obama—. Por ejemplo, no, en serio, si el equipo de cocineros de un restaurante de cortes de carne no causó buena impresión en los jueces de Omaha Steaks,¹² en un episodio reciente de *Celebrity Apprentice*, los responsables, sin duda, pudieron ser muchos. Pero usted, señor Trump, reconoció que el verdadero problema radicaba en la falta de liderazgo. De modo que no culpó a Lil Jon o a Meatloaf: corrió a Gary Busey.¹³ ¡Ése es el tipo de decisiones que a mí me quitarían el sueño! ¡Bien hecho, caballero!

Seth Meyers, el comediante contratado para el evento, también gastó algunos chistes a costa de Trump. Su broma más memorable fue: “Donald Trump ha estado diciendo que va a postularse a la presidencia por el Partido Republicano. Me sorprende, porque siempre supuse que se postularía por broma”.

De nuevo, no podría asegurar que ésa haya sido la noche decisiva de cuando los celos y el resentimiento se transformaron en planeación decidida. Trump lo ha negado. Por lo demás, nadie puso mucha atención. El momento Trump de la cena se vio eclipsado cuando Obama anunció, horas más tarde, que un equipo de las fuerzas especiales de la Marina Armada de Estados Unidos había matado a Osama bin Laden.

Sin duda, ésta ha sido la campaña electoral más absurda y deprimente que hayamos tenido en décadas. La razón primordial es el populismo de Donald Trump, así como su innegable éxito al obtener muchos más votos de los que

cualquiera hubiera esperado. Vale mucho la pena releer el perfil de Mark Singer para saber qué se observaba y pensaba de este hombre cuando había mucho menos en juego, cuando sólo era el bufón, más o menos inocuo, de mi amada ciudad.

Cara a cara

Es el otoño de 1996. He sido escritor de planta de *The New Yorker* desde 1974 y colaborado con un sinnúmero de editores; en este momento, la editora es Tina Brown. ¿Qué puedo decir de las proverbiales pugnas entre escritores y editores? Que logré sortearlas todas. Tina me cae bien. Tenemos una comprensión muy clara de nuestra relación de trabajo. Me he tardado cuatro años en escribir un libro que debía haber terminado en uno y medio, por lo que no he estado muy disponible, durante este tiempo, para redactar notas para la revista. De modo que Tina y yo estamos en el entendido de que en el escritorio de su oficina hay un cajón especial. Y en ese cajón, un frasco. Y en ese frasco, mis testículos.

Una mañana suena mi teléfono. Es Tina. “¡Trump! ¡Donald Trump! Acabo de desayunar con él en el Plaza. Vas a redactar un perfil sobre él. Te va a encantar. ¡Es un embustero de primera, te va a fascinar! Le dije que tú también lo ibas a fascinar. ¡Lo vas a hacer!”

Eso significa que lo voy a hacer.

Pongo manos a la obra. Se toma varios meses. Acompaño a Trump a varios lugares. Trato de comprender su manera de hacer negocios, el funcionamiento interno, el humo, los espejos. Desde el principio, establecemos nuestra dinámica de trabajo: acepto, de modo tácito, que soy su instrumento. Es el mundo Trump. Sólo tengo permiso de escuchar, mirar y hacer preguntas, de vez en cuando. Cuando se me autoriza, soy una mosca en la pared. Fuera de eso, no existo para él. Las condiciones, dicho sea de paso, me parecen óptimas para mi trabajo.

A pesar de mi falta de costumbre, debo tomar en serio a Donald Trump. Entre otras tareas, debo leer muchos libros con su nombre y retrato en la portada, supuestamente escritos por él, pero redactados por escritores fantasma. El tema de esta obra, en conjunto, tendría eco años más tarde, de un modo amplificado, en la serie *The Apprentice*: "Ambos sabemos que eres un imbécil, pero tienes permiso, al menos, de fantasear sobre mi vida".

Y eso es precisamente lo que quiero hacer. Desde nuestro primer encuentro en su oficina de la Trump Tower, entendí que independientemente de lo que Trump me haya parecido hasta ese momento, ante todo y sobre todo es un artista del *performance*. Las apariencias no dejan de ser, en cierto nivel, artificio. Mi objetivo era discernir a la persona en el personaje.

Se han escrito muchos libros y cientos de artículos sobre Trump. También los leo. No tiene caso preguntarle cosas que ya ha respondido. Podría intentar nuevas preguntas. Por ejemplo, ¿tiene una vida interior? Apuesto a que nadie le ha preguntado eso.

Un sábado, en el invierno de 1997, Trump y yo pasamos una mañana y una tarde a solas, recorriendo algunos de sus edificios en construcción, tanto en Manhattan (edificio de oficinas) como al norte de la ciudad de Nueva York, en Westchester (campos de golf). Él conduce y yo ocupo el asiento de la muerte. Tomo notas. Mientras recorremos la carretera I-684, le pregunto sobre su rutina matinal.

—¿A qué hora se despierta?

—Cinco y media a.m.

—¿A qué hora se sienta a su escritorio de la Trump Tower?

—Siete o siete y media.

—¿Qué hace antes de dirigirse a la oficina?

—Leo los periódicos, etcétera.

—Ya veo —digo—. Usted está básicamente solo. Su esposa sigue dormida —en ese entonces, Trump estaba casa-

do, aunque no por mucho tiempo, con su segunda esposa, Marla Maples—. Se rasura y se ve al espejo del baño. ¿Qué piensa?

Mirada de incompreensión de Trump.

—Quiero decir, al mirarse al espejo, ¿piensa “Wow, soy Donald Trump”?

Trump sigue confundido.

—Está bien. Supongo que quiero saber si se considera a usted mismo una compañía ideal.

(En aquel entonces, la respuesta de Trump me pareció poco apta para imprimirse. Pero eso fue entonces.)

—¿Quieres saber qué considero realmente una compañía ideal? —dice Trump.

—Sí.

—Un buen culo.

En diversas ocasiones y por distintos motivos, me han sorprendido algunas locuciones trumpeanas. A ciertas declaraciones, antepone la frase “es extraoficial, pero lo puedes usar”. Lo que tiene tanto sentido como la taxonomía de sus bienes raíces: “Lujo, súper lujo y súper súper lujo”.

Al llegar la primavera el perfil está casi terminado. Tengo todo, salvo el final. También tengo una fecha de entrega. Un jueves por la noche le envió por fax a mi editora 10 000 palabras, aún sin final. Me preparo para dormir, enciendo el radio despertador de mi mesa de noche, que sintoniza una estación de noticias. A la hora, en punto, la noticia del momento es: Donald Trump y Marla Maples se separan.

Desafortunadamente, no lo había anticipado en absoluto. Y por fortuna mi artículo se volvía, abruptamente, de coyuntura. Trump accede a verme en su oficina el lunes siguiente y mi premio es un final, la primera escena y una certeza cristalina acerca de su vida interior. En vista de las vicisitudes domésticas por las que atraviesa Trump, ¿es feliz? ¿Se siente arrepentido? ¿Propenso a la introspección? Su estado de ánimo no deja entrever nada. Me había dicho, con anterioridad, que en tiempos difíciles no confía en

nadie. A lo largo del trabajo me entrevisté con decenas de socios y amistades de Trump, entre ellos un analista financiero que me hizo la siguiente observación: "En el fondo, quiere ser Madonna".

Lo que abona a mi conclusión: no tiene vida interior. La penúltima línea de mi artículo: "Aspiró a alcanzar y logró el lujo máximo: una existencia sin el perturbador rumor de un alma".

Como era de esperarse, a Trump no le gustó lo que escribí. No me enteré directamente por él, sino que le envió a Tina un reproche de amante despechado: "Jamás me vuelvas a pedir una nota. Me dijiste: 'Será maravilloso, te va a encantar', ¡me mentiste!" ¡Qué desfachatez!

Meses más tarde, ese mismo año, tuve la oportunidad de apreciar de un modo más puntual sus sentimientos hacia mí. En su libro *Trump: The Art of the Comeback*,¹ redactado por la escritora fantasma Kate Bohner, nos dedica unas páginas a Tina y a mí. Narra que años antes cuando Tina editaba la revista *Vanity Fair*, le asignó a Marie Brenner ("reportera poco agraciada") redactar una nota sobre él. Por alguna razón, Trump decidió omitir lo que alguna vez me contó sobre su gesto de venganza —derramó una copa de vino tinto en el vestido de Marie durante una cena de caridad.

Aparezco en la página 181, en el capítulo titulado "La prensa y otros microbios". (En la página opuesta, un retrato de Trump con Liberace² con el siguiente pie de foto: "Liberace fue un gran artista y un gran hombre. Todos lo extrañamos sentidamente". Sin duda.)

Tina Brown insistió, de nuevo, en que me prestara a ese perfil. Es una mujer muy persuasiva. Me dijo: "¡Te va a encantar la nota, te va a encantar!"

Después de escucharla un buen rato, accedí. Pensé, ¿cuántos editores te invitan a desayunar para convencerte de hacer

una nota que bien podrían escribir sin ti?

Al día siguiente me llamó Mark Singer, reportero de *The New Yorker*. Cuando entró a mi oficina, sentí de inmediato que no era gran cosa, alguien sin rasgos memorables, con una leve expresión burlona y un resentimiento latente.

Singer me recordó un poco a Harry Hurt, un tipo que escribió un libro inexacto sobre mí.³ Físicamente, Singer era un poco más atractivo que Harry Hurt (lo que no resultaba tan difícil), sin embargo, sus *cicatrices* emocionales se notaban a leguas.

Al leer (¡y releer, y releer!) este fragmento, confirmo que mi vida, sin ninguna duda, tiene sentido. Fuera del nacimiento de mis hijos, esto es lo más maravilloso que me ha sucedido. Si todo lo demás se desvaneciera o se desplomara, siempre me quedaría *Trump: The Art of the Comeback*.

Ahora es 2005. Publico *Character Studies*, un libro que incluye mis reportajes sobre Trump. En la edición del domingo de *The New York Times* aparece una reseña de Jeff MacGregor, a quien tengo por un hombre muy perspicaz, a pesar de su equívoco: "La única ocasión en la que Singer asesta un golpe bajo es en su perfil de 1997 sobre el Donald Trump previo a *The Apprentice*, donde adopta cierto tono malicioso. Que Trump sea la caricatura de una caricatura lo convierte en un blanco fácil, sin inteligencia ni velocidad para defenderse".

Piénsalo dos veces, MacGregor. Tres semanas después, *The New York Times Book Review*⁴ divulgó una carta escrita por Trump a propósito de la reseña. Días antes me enteré de que se publicará y se me ocurre vigilar mis ventas en Amazon. *Character Studies* es el número 45 638 en la lista de ventas. No importa, la carta de Trump es de una locura sublime:

Estimado editor:

Recuerdo cuando Tina Brown estaba a la cabeza de *The New Yorker* y un escritor llamado Mark Singer me entrevistó para un perfil. Él estaba deprimido. Pensé: *está bien, espero lo peor*. No era sólo que Tina Brown estuviera conduciendo *The New Yorker* a la deriva, sino que el escritor se ahogaba en su propia tristeza, lo que sólo logró inspirarme escepticismo sobre el resultado del interés de ambos en mí. Tristeza llama tristeza y ellos eran un perfecto ejemplo de este credo.

Jeff MacGregor, el reseñista de *Character Studies*, recopilación de los perfiles escritos por Singer para *The New Yorker*, donde se incluye uno sobre mí, escribe bastante mal... Tal vez él y Mark Singer estén hechos uno para el otro. Hay quienes proyectan largas sombras y otros que deciden vivir bajo esas sombras. Cada quien lo suyo. Están en su derecho de elegir.

La mayor parte de los escritores quiere tener éxito. Algunos incluso quieren ser buenos escritores. He leído a John Updike, a Orhan Pamuk, a Philip Roth. Cuando Mark Singer ingrese a esas ligas, tal vez lea alguno de sus libros. Pero pasará mucho tiempo, no nació con un gran talento para la escritura... Quizá debería de... intentar convertirse en un escritor de clase mundial, aunque fuera un esfuerzo inútil, en lugar de verse obligado a escribir acerca de gente extraordinaria que a todas luces está fuera de su alcance.

He sido autor de bestsellers desde hace casi 20 años. Les guste o no, los hechos son los hechos. En su artículo "Fantasmas en la máquina" (del 20 de marzo), el muy respetado Joe Queenan menciona que yo he producido un "flujo continuo de clásicos" con un "estilo sin zurcidos" y que la "voz" de mis libros es notoriamente constante, al grado de considerarse un "logro extraordinario".⁵

Es un gran halago de un escritor muy destacado. No he escuchado nada similar acerca de perdedores como Jeff MacGregor, a quien nunca he encontrado, o de Mark Singer. Sin embargo, bajo cualquier circunstancia, elegiría a Joe Queenan antes que a Singer o MacGregor, ¡se trata de algo muy sencillo llamado talento!